



MAL DE OJO

I.

No sé cómo ha podido averiguarse que existe en el ópalo un poder misterioso, cuya maléfica influencia se ejerce únicamente, hasta ahora por lo menos, sobre el destino de las mujeres; y debo añadir que es sobre esas mujeres que viven en el mundo del fausto y de la opulencia; porque el maleficio se verifica por el simple uso de joyas que contengan alguna de esas piedras preciosas.

Recientemente, en un periódico de lujo que obtiene gran éxito en los salones, he leído tan infausta novedad. Antes otro periódico extranjero daba noticia de un caso deplorable; la cosa es estupenda. Los ópalos viven; pero, por lo visto, no gozan de una vida enteramente propia; viven con el reflejo de otra vida; si esta vida se acaba, ellos mueren. Ó es así, ó hay seres humanos cu-

cavilosas del vulgo; es un *espíritu fuerte* que no cree más que en sí mismo. Pero, vamos, la superstición de los ópalos parece nueva, y es de creer que haga fortuna en los salones. ¿Por qué no? La moda le prestará todo su prestigio, y no habrá corazón sensible que no se estremezca de horror ante los vislumbres fantásticos de esas piedras mágicas. Concedámosle al fausto el privilegio de esta sombra que me atrevo á llamar luminosa; sean los ópalos la fatalidad de la opulencia, y vea el lujo en ellos el horóscopo pavoroso de su destino.

No hay que reirse, porque la cosa es más seria de lo que creemos; más terrible de lo que á primera vista nos parece. No es una vana quimera de la fantasía, ni un mero capricho de las imaginaciones lúgubres. Llamadle superstición, locura, necedad, ridiculez; en hora buena; pero penetrad en el fondo de esa preocupación, y encontraréis en ella algo que os descubra la realidad del prodigio. Sí, la fatal influencia de los ópalos en el destino de las mujeres, más que supersticiosa, absurda y risible, puede ser anuncio misterioso de continuas catástrofes.

La realidad toma á veces formas fantásticas que nos engañan; lo más natural del mundo suele también convertirse á nuestros ojos en visiones increíbles. No vemos siempre todo lo que miramos, ni siempre entendemos todo lo que

oímos. En el fondo de esa superstición hay una voz que habla como un oráculo.

Nuestra razón, ilustrada con toda la ciencia del siglo, no puede avenirse á que esas piedras preciosas, bellas pero insensibles, dispongan á su antojo de la felicidad y de la vida de las mujeres. ¿Quién les ha otorgado semejante poder? Y, en verdad, ¿qué explicación tiene tan rencorosa influencia? Se escapa á nuestra penetración el vínculo que une entre sí la existencia de las mujeres con los fulgores del ópalo. No obstante, burlense Vds. de mi credulidad, porque afirmo que nada hay más cierto.

No es necesario acudir á los prodigios sobrenaturales para explicarse la realidad del misterio.

Vamos á cuentas: el ópalo no es una piedra cualquiera; pertenece á la alta clase de las piedras luminosas, de las piedras que brillan, de las piedras que relampaguean como las nubes, que atraen como los abismos, que deslumbran como el rayo; en una palabra: pertenecen á la aristocracia de las piedras. Han nacido para brillar: su centro es el oro, su atmósfera la luz, su ser la opulencia; para ellas la obscuridad es la muerte.

Y bien: esos granos de arena que la naturaleza funde en un horno inimitable, que poseen la virtud de los vivos reflejos, son la expresión

más elocuente del lujo. ¿Y qué cosa es el lujo? Lo diré: es la gran pasión de las mujeres. Es más; es su vida. Ved de qué manera se unen la cara aristocracia de las piedras preciosas y la mitad, más cara todavía, del género humano.

Los brillantes ejercen sobre estos corazones, que han nacido para amar, un poder irresistible, fantástico, verdaderamente diabólico. Con frecuencia deciden de su felicidad y de su vida. En la balanza de sus sentimientos, el peso de un brillante lo pesa todo. Lo que menos valen las piedras preciosas es el dinero con que se adquieren en la joyería. Vosotros las compráis, las pagáis, pero ellas solamente saben lo que cuestan.

Alguna vez la magia esplendorosa de que están rodeadas, semejante al mortal perfume que exhala la flor del loto, enloquece; y entonces, adiós amor, adiós constancia, y me atrevo á añadir: adiós virtud. Los reflejos que se escapan de esas superficies frías y duras, llenan la imaginación de vivos resplandores, rodean el pensamiento de ráfagas vestidas de mil colores, y, al través de este prisma encantado por el hechizo de una nigromancia desconocida, los ojos del deseo descubren no sé qué mundos resplandecientes, qué horizontes interminables, qué nubes de gloria nunca imaginada. Al calor de esas aguas de fuego que acarician la fantasía, se llena

el aire de visiones esplendorosas, se ilumina la obscuridad de la tierra, la vanidad del lujo pone una venda en los ojos, y la mujer, andando á tientas por las escabrosidades del gran mundo, pierde la vida de su corazón, cuando no pierde la vida de su virtud.

No digo yo que el mágico veneno de las piedras preciosas que entra por los ojos, las haga morir de manera que sea preciso enterrarlas al día siguiente; pero si no muere el cuerpo, sólo queda para ser el sepulcro opulento del alma.

La superstición de los ópalos es una voz misteriosa que se escapa de los labios de esos bellos corazones, que, sin saberlo, dicen claramente: «El lujo nos mata.»

II.

La fatalidad que la superstición naciente, como hemos visto, en las regiones despreocupadas del gran mundo atribuye á los ópalos, la gente sencilla la atribuye á la influencia maléfica de algunos ojos humanos. Esto parece menos absurdo, sin dejar por eso de encerrar también un sentido simbólico. Es otra superstición, que se levanta como una sombra en la credulidad del vulgo, y señala también los desastres de otro vicio.

Se supone que hay personas dotadas de un

poder inexplicable, por medio del que ejercen funestas influencias sobre los seres con quienes se ponen en comunicación ó en contacto. La potencia principal de este hechizo se cree que reside en los ojos y que está en la mirada, aunque para los efectos del maleficio sea necesario alguna vez el concurso de la palabra y del tacto.

No se trata de un magnetizador que á fuerza de pases hace dormir á la persona sometida á la acción del fluido magnético de que dispone, y contando con la mayor ó menor *lucidez* del sonambulismo, lo obliga á moverse según su voluntad, á hablar lenguas que le son desconocidas, y á ver á largas distancias y al través de cuerpos opacos. Esta diablura, medio científica, medio nigromántica, no pasa de ahí; el sonámbulo se despierta, nada ha visto ni nada ha oído, ignora lo que ha sido de él en el transcurso de su sueño, y por de pronto la brujería no tiene más consecuencias. Son fenómenos que pertenecen á la magia recreativa.

No se trata de eso: la diabólica influencia de que hablamos, causa terribles estragos en las personas sobre quienes se ejerce; es muy anterior á la *cupeta de Mesmer*, origen, digámoslo así, científico de tantos charlatanes y de tantos magos, porque al fin Mesmer era hombre de ciencia, y se le ofrecían grandes sumas por su secreto en nombre del Estado. Si por una parte

ejercía el poder de su magia agitando la varilla del nigromante, por otra parte ostentaba el bonete del sabio; sus prodigios participaban á la vez del magisterio, de la cátedra y de la alucinación que causan los juegos de manos, y, sea como quiera, los fenómenos de sus experimentos se presentaban, lo mismo á los ignorantes que á los sabios, en nombre de la ciencia.

Aquí se trata de prodigios enteramente empíricos; no hay una teoría siquiera que intente explicarlos, ni jamás sabio alguno se ha creído obligado á tomarlos en cuenta. No se realizan en presencia de ningún público; carecen de teatro; son hechos aislados que no han obtenido nunca el honor de una doctrina: la hechicería se verifica sin trípode y sin cátedra, y no forma ni escuela ni secta. El mago que posee ese don diabólico, no hace profesión de su funesta influencia, y acaso él mismo ignora el poder de que dispone; y es un don funesto, concedido con preferencia á las mujeres.

Si este influjo es puramente en el individuo; si sólo obra en momentos determinados; si es voluntario ó involuntario, son cuestiones que nunca he visto suscitadas ni jamás resueltas. Acerca de este punto, el misterio aparece rodeado de tinieblas impenetrables.

El efecto que produce se ve, se palpa, se lamenta; pero la sustancia del fenómeno, la causa

del prodigio, se escapa á toda averiguación, se niega á todo análisis, y, semejante á la mano del asesino que hiere en la sombra, asesta el golpe tremendo y se oculta en la obscuridad en que vive.

Tiene su nombre, y se llama *Mal de ojo*.

Una dolencia misteriosa, un trastorno orgánico inesperado, una turbación inexplicable del entendimiento, la locura, la enfermedad ó la muerte, son los efectos de su odioso influjo. Y como si el espíritu infernal que lo inspira fuese el encargado de aborrecer todo lo que brilla en el mundo por alguna circunstancia bella, su poder maléfico busca, digámoslo así, la luz para apagarla. Bien pudiera presumirse que el odio reconcentrado del mismo Lucifer contra toda perfección es quien lo anima. Parece que es el espíritu lúgubre y rencoroso de la envidia.

Cuando de la noche á la mañana el rostro del niño, sonrosado y fresco como una flor que empieza á abrirse, ó como un día que amanece, se presenta pálido, entristecido, sin el rayo de la alegría en los ojos, sin las sonrisas de la salud en los labios; si observáis que su frente, un momento antes tan risueña, se inclina agobiada por un peso invisible; si advertís que tiembla, que se estremece, que el llanto no encuentra salida y se anuda á su garganta; si lo veis aniquilarse y morir, el médico os dirá, con su de-

nominación vulgar ó con su denominación técnica, el nombre de aquella dolencia extraordinaria y repentina, pero no faltará allí entre los espectadores de tan doloroso cuadro unas cejas que se frunzan con enojo, una cabeza que se mueva con desaliento, y una voz que exclame:

— ¡ Ah! ¡ Le han hecho *mal de ojo*!

La madre añadirá:

— Sí, ayer daba encanto el verlo, y hoy no es ni su sombra. Nunca se le había visto ni tan hermoso, ni tan alegre; vendía salud y alegría; estaba para que le hicieran *mal de ojo*.

— ¡ *Mal de ojo*! (repito otra vez.) Pero ¿quién?

— ¡ Quién! Algunos ojos traidores, alguna mano maldita, algún corazón sin entrañas.

Y se indaga quién lo miró, quién lo besó, quién lo tuvo en sus brazos, quién ha infiltrado en sus venas el hechizo mortal que lo aniquila; y se levanta una nube de sospechas, nada más que sospechas, porque el maleficio se realiza en las sombras del misterio, sin señal que lo anuncie ni rastro que lo descubra. Basta una mirada, un beso, una sonrisa, para que el vaso de la salud se quiebre y la vida se rompa. Mirada que debe ser diabólica, beso que debe ser horrible, sonrisa que debe ser espantosa. Pero mirada que se escapa, beso que no se conoce, sonrisa que no se descubre.

La enfermedad puede ser una ú otra, ésta ó

aquella; entre tantas, puede ser cualquiera, aunque siempre la acompañan circunstancias extraordinarias y caracteres misteriosos; siempre hay algo fantástico en ella. Unas veces es repentina como una puñalada, otras veces es lenta como un veneno; el enfermo experimenta fenómenos que no acierta á explicarse; hay confusión de síntomas, y las medicinas parece que pierden toda su eficacia.

Pero bien: no se trata de la enfermedad, désela el nombre que se quiera en el lenguaje técnico; ella, en resumen, no es más que un efecto, y he aquí que la causa es la que se busca.

El niño estaba sano como una manzana, alegre como una primavera, y hermoso como un lucero: ¿qué causa ha podido aniquilarle de repente?

¿Un alimento nocivo? No; precisamente no había comido nada.

¿Un aire? Tampoco; porque el niño no salió en todo el día de la casa.

En su cuerpo no aparece señal de lesión ninguna.

¡La causa! He ahí lo que no se encuentra; y como necesariamente ha de haber alguna, resulta evidente que es *mal de ojo*. Sí, está herido de una mirada alevosa, de un beso traidor, de una sonrisa envenenada.

El hechizo ha partido de unos ojos diabólicos

ó de unos labios infernales. No hay que darle vueltas; le han hecho *mal de ojo*.

Tal es, poco más ó menos, el caso más frecuente de esta especie de brujería, antigua en el mundo y que corre sin contradicción entre las gentes sencillas, más fantástica por cierto y menos visible que la brujería de los ópalos, que empieza á ponerse en moda entre las gentes des preocupadas.

Por lo demás, bien puede decirse que hay naturalezas funestas, que se complacen en el mal que causan; seres que, descontentos de sí mismos, parece que sólo viven de las desdichas ajenas; almas todas hiel, que, como Nerón, sienten que el género humano no tenga una sola cabeza para cortarla de un solo golpe: ellas envenenan todo lo que tocan, y me atrevo á decir que *hacen mal de ojo* á todo lo que miran. Si son sabios, envenenan la ciencia; si son ricos, su oro es veneno; si son hombres de mundo, envenenan las conversaciones y las costumbres.

La envidia por sí sola es capaz de envenenarlo todo.

III.

Victoria y Leocadia se encuentran, sin saber cómo, unidas íntimamente por el vínculo de una de esas amistades que forma la vecindad.

Ambas son jóvenes, pues aunque hay entre ellas la diferencia no corta de siete años, porque Victoria va á cumplir veinticinco y Leocadia acaba de cumplir diez y ocho, mas estas edades suelen confundirse. No se avienen mal la inocencia que todavía se conserva á los diez y ocho años y la experiencia, ó más bien la malicia, que ya se ha adquirido á los veinticinco.

Probablemente no se habrían conocido nunca, si la casualidad no las hubiese juntado bajo un mismo techo, porque vivían en la misma casa y en el mismo piso, Leocadia en el cuarto de la derecha, y Victoria en el cuarto de la izquierda. Sólo una pared las separaba, y, además, los balcones se hallaban tan cerca, que podían hablar y comunicarse sus secretos sin que nadie las oyera.

¿Se querían mucho? No puedo asegurarlo: ellas sí se lo aseguraban mutuamente, y por la frecuencia con que se buscaban en los balcones, pudiera inferirse que no acertaban á vivir la una sin la otra. No obstante, me inclino á creer que si la ausencia se hubiera interpuesto entre ellas, se habrían olvidado pronto, muy pronto; porque, en fin, preciso es decirlo, no era todo amistad lo que las obligaba á buscarse en los balcones; había algo también de amor. ¡Picaro amor, que ha de mezclarse, aunque nadie lo llame, en todas las cosas de la vida!

Es el caso, que paseaba la calle un joven bastante admisible, cuyo aspecto hablaba en su favor, no solamente de su persona, sino también de lo desahogado de su posición, pues iba siempre muy bien vestido, y además pasaba muchas tardes á caballo en un potro castaño, que se deshacía en corvetas al pasar delante de los balcones de Leocadia y Victoria, en los que, por pura casualidad, siempre estaban ellas.

El caballo atestiguaba que era un caballero, y su manera de caer en la silla, y su facilidad en manejarlo, daba á entender que era regular jinete. Mas no se contentaron las dos amigas con esos datos, pues Victoria pudo averiguar que el joven caballero era hijo de un agente de Bolsa bien acreditado, hombre experto en los negocios, y al que se le suponían muy pingües ganancias. De manera que al exterior agradable del joven se unía la perspectiva de un buen pasar. ¡Friolera! El muchacho estaba en camino de ser hijo de un banquero. Esto era miel sobre hojuelas.

También sabían que el hijo del futuro banquero se llamaba Plácido, nombre que á Victoria le parecía poco sonoro, poco brillante, pero que á Leocadia le sonaba muy bien, porque le encontraba dulce y apacible.

Por lo demás, las dos amigas eran el día y la noche, Victoria era morena, y Leocadia rubia;

la primera tenía la sonrisa amarga y la mirada dura; la otra sonreía poco más ó menos como el alba que colora el cielo, y miraba como mira la claridad de la mañana. Si me es permitido explicarme así, diré que eran dos crepúsculos: el que anuncia al día y el que anuncia á la noche. En Leocadia se reflejaba la luz; en Victoria la sombra.

Los chasquidos de las herraduras sobre las piedras de la calle sonaban en los oídos de una y otra lo mismo que el repiqueteo de una campanilla que llama con urgencia, y las dos acudían cada una á su balcón respectivo, tan á tiempo, que no se sabía cuál de las dos había llegado antes. Leocadia encontraba á Victoria en su balcón, y Victoria encontraba en el suyo á Leocadia, y una y otra se sonreían y se hablaban como si hiciera un siglo que no se habían visto.

Pasaba el caballo luciendo toda la gallardía de su fuerza y toda la arrogancia de su bella estampa, encabritándose, piafando, manteniéndose con vigorosa gracia sobre los resortes de sus piernas elásticas lo mismo que el acero. El jinete, balanceándose sobre la silla, miraba ¿á cuál? á las dos; los balcones estaban tan juntos, que no era fácil distinguir á cuál de las dos iban particularmente dirigidas aquellas miradas. Victoria se sonreía, Leocadia se sonreía también, y el caballo, llenando la calle, llegaba á la esquina;

Plácido volvía la cabeza, miraba de nuevo, y desaparecía.

Entonces entrambas quedaban silenciosas por algunos momentos, hasta que una, cualquiera de las dos, decía algo, se enredaba una conversación y hablaban por los codos, como hablan diez y ocho años de inocencia y veinticinco de malicia.

Una tarde sucedió, con corta diferencia, lo que acabo de contar, y las dos amigas se quedaron silenciosas luego que Plácido hubo desaparecido en el extremo de la calle y hubo enviado á los dos balcones su última mirada.

Ambas continuaban distraídas, como si la habitual locuacidad que de continuo animaba sus lenguas estuviese agotada.

Victoria fué al fin la que rompió el silencio, diciendo:

— Los caballos son animales nobles y hermosos, y muy inteligentes.

— Sí (añadió Leocadia); yo los he visto trabajar en el Circo de Rivas, y hacen cosas que parece mentira.

— Donde trabajan admirablemente (replicó Victoria contrayendo las cejas) es en el Circo de Price.

— Es lo mismo (dijo Leocadia). Circos son los dos, y caballos los unos y los otros.

— Sin duda (volvió á replicar Victoria). Cir-

cos son los dos, y caballos unos y otros; pero en *Price* hay ahora una compañía sobresaliente; anoche estuve, y los vi hacer prodigios.

—¿Estuviste anoche?

—Sí.

—¿Hubo mucha gente?

—Mucha.

—¿Te divertirías?

—¡Phs!

—¿Á quién viste?

—Vi... (contestó Victoria); no recuerdo en este momento. ¡Ah! Sí, ahora caigo: vi á Plácido.

—¡Hola! (exclamó Leocadia.) Es natural; parece que ha de ser aficionado á los caballos.

Victoria movió la cabeza.

—¿No?—preguntó Leocadia.

—Sí (le contestó su amiga). Todos los hombres son aficionados á los caballos; y si no fuera más que eso, pase.

—¡Qué! ¿Hay más?

—¡Vaya!

—¿Qué hay?

Aquí la morena hizo un gracioso gesto con la boca, contestando:

—Chica; el Sr. D. Plácido tiene todas las trazas de un insigne calavera.

—¡Qué dices! —exclamó Leocadia.

—Lo que oyes: es amigote de los *clowns*; ¡figúrate tú qué gente! Allí lo veía entrar y sa-

lir, hecho todo un personaje ecuestre. Si no estoy equivocada, al salir la que monta en pelo, la esperó, y le puso en la mano un ramo de flores que ella se llevó á la boca; quiero decir, á las narices. Esto no quita que le haga el *rendivú* á no sé qué ricacha de provincia. Vamos, te digo que es un *coquetón* que se pierde de vista.

Victoria decía todo esto con esa indiferencia con que se habla de cualquier cosa. Miraba á una parte y á otra con la volubilidad de los ojos que no encuentran dónde fijarse, como si no prestara grande atención á lo que estaba diciendo. Leocadia, por su parte, la oía sin pestañear, y cuando acabó, le dijo:

—¡Parece imposible! ¡Ah! Yo no lo hubiera creído nunca.

—¿Por qué? ¡Bah! Hay que creerlo todo. Pero, ¡vaya!, hablemos de otra cosa.

Leocadia apoyó el codo en el pasamano del balcón, y se pasó la mano por la frente. Victoria habló de modas, de teatros, de todo lo que hablan las mujeres, sin conseguir de su vecina más que medias sonrisas y medias palabras.

La madre de Leocadia era una señora chapada á lo antiguo, que vivía á la buena de Dios, franca como pocas mujeres; lo que había en su corazón, al instante estaba en su boca. Al ver á su hija, que acababa de dejar á Victoria, exclamó, diciendo:

— ¡Bueno! ¡Bueno! Ahora te entras del balcón; estás delicada, y ya es casi de noche. ¡Pues! Charlando con la vecina. Yo no digo que no la quieras y que no la trates; pero tanto balcón es una tecla. Y lo estoy viendo: esa amiga te va á costar caro. No sé qué le encuentras, porque lo que es á mí, no me pasa de los dientes adentro. ¡Te entran á ti unas amistades!

Leocadia no contestó nada á su madre. Se acercó al piano; pero no pudo combinar dos notas. Habló poco en el resto de la noche; parecía distraída, y se acostó temprano: temprano, y triste.

IV.

Leocadia y Victoria no se veían siempre por los balcones, porque algunas veces pasaba la una á la casa de la otra, y se les iba, bien la mañana ó bien la tarde, charla que te charla.

Al volver á encontrarlas, las hallamos en el tocador de Leocadia, porque ésta había madrugado poco, y estaba dando la última mano á su tocado, cuando se presentó Victoria. Venía la vecina magníficamente peinada, y la nube de rizos negros que se levantaban sobre su frente daba mayor realce á la expresión audaz de su fisonomía.

Primero la vió Leocadia en la luna del espejo

que tenía delante, y por un capricho del cristal, se le apareció la cabeza de su amiga deforme: la boca torcida, formando una mueca horrible; los ojos inflamados como los ojos de las fieras cuando muerden, las cejas erizadas y fruncidas, la frente sombría y amenazadora. La cabeza que vió Leocadia en el espejo fué una cabeza espantosa. Pero la visión duró poco, porque volvió los ojos asustada, y se encontró, digámoslo así, con la realidad de su amiga, que ciertamente era otra cosa, y no pudo contener una exclamación de asombro al verla.

— ¿Te asusto? — le preguntó Victoria.

— No (le contestó); me admiras.

— ¿Sí?

— Sí.

— ¿Cómo me encuentras?

— Ya te lo he dicho: admirable.

— ¿Te burlas?

— No: jamás te he visto tan bella. No sé en qué consiste la expresión que advierto en tu semblante: me parecen más blancas tus mejillas y más negros tus cabellos. ¿Qué has hecho con tu cabeza?

— Lo dé siempre (contestó Victoria). ¡Qué he de haber hecho! Peinarla.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¿Tú sola? — volvió á preguntar Leocadia.

—Yo sola;—volvió á contestar Victoria.

Ambas se quedaron contemplándose; mejor dicho, Leocadia contemplando á Victoria, y Victoria dejando que su amiga la contemplara.

Esta última hizo un movimiento de curiosidad satisfecha, el mismo que hace el niño al descubrir el resorte que da vida al juguete que tiene entre las manos, y exclamó de pronto:

—¡Ah!

—¿Qué?—preguntó Victoria.

—Que ya sé en lo que consiste el particular encanto que traes esta mañana.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—Veamos; ¿en qué consiste?

—Consiste (dijo Leocadia) en ese lazo de color de fuego que llevas prendido en la cabeza. ¡Oh, sí! Es un hermoso color, que sobre lo negro de tus cabellos produce un efecto que deslumbra. Mira, parece un relámpago en una nube.

—¿Te gusta?—preguntó Victoria.

—¡Oh, sí! Me gusta mucho. ¡Está puesto con una gracia, con un gusto! Vamos; pareces otra. ¡Qué original!

—Es un capricho. Yo no tengo doncella que piense por mí, y esta mañana no sabía qué hacer de mi *toilette*, y he hecho esto.

—Ha sido una buena idea (añadió Leocadia), que quiero plagiar. Quiero imitarte.

—¿Tú?—preguntó Victoria, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Yo. Verás. Debo tener un lazo como ese, y voy á prenderlo como tú te has prendido el tuyo. Vas á servirme de modelo.

Diciendo así, abrió el primer cajón de una cómoda de nogal que formaba parte del menaje de su tocador, y buscó en las cajas de sus adornos un lazo igual al que llevaba Victoria. Lo encontró al fin, y dijo:

—Aquí está.

Era un lazo azul de color de cielo, que debía caer sobre las ondas de sus rizos rubios como una turquesa sobre engaste de oro.

Miró Victoria el lazo que le presentaba su amiga, y, como antes las cejas, frunció ahora la boca, diciendo:

—¡Ah! Es azul. Hermoso color, hecho expresamente para las rubias. Á las morenas (añadió, mordiéndose los labios) nos está prohibido usarlo.

Leocadia puso su lazo encima del tocador, y se colocó delante del espejo. En un abrir y cerrar de ojos deshizo todo su peinado, y aquellas hermosas trenzas cayeron deshechas sobre sus hombros y sobre sus espaldas en abundantes ondas, como una cascada de oro. Nada más bello que aquel torrente de rizos brillantes, al través de los que asomaban las correctas líneas del per-

fil, la blancura de las mejillas, la púrpura de los labios y el azul aterciopelado de los ojos. La cabeza de Leocadia tenía en aquel momento algo de aureola, algo de ángel. Parecía que toda la luz que iluminaba la estancia iba á reunirse alrededor de su frente, y deshaciéndose en luminosos reflejos, inundaba sus rizos y envolvía su cabeza.

Victoria espiaba con mirada sombría los movimientos de su amiga, formando contraste la sombra que proyectaban sus ojos negros, sus rizos negros y su tez oscura, con la claridad que brillaba en los ojos azules, en los rizos rubios y en la tez nacarada de Leocadia.

Así como la luz acudía á iluminar el rostro de ésta, del mismo modo huía de Victoria, dejándola envuelta en las tinieblas de un velo misterioso. Contraste extraño, en el que un pincel atrevido habría descubierto el secreto de un cuadro fantástico. Victoria parecía la sombra de la noche, y Leocadia el albor de la mañana; formaban el contraste que ofrecen el cielo y la tierra.

En el fondo del espejo veía Leocadia su imagen, y sus manos, blancas como azucenas, comenzaron á ordenar el tumulto de rizos que ondeaba sobre su frente. Poco á poco fueron entrando en razón, y al cabo de algunos instantes se levantaban graciosamente enlazados. Era el mismo tumulto de rizos; pero tumulto ordenado

por ese arte infuso con que las mujeres saben embellecerse.

Victoria miraba atentamente la destreza con que Leocadia iba formando el artificio de su peinado, y sus ojos fijos se clavaban tan penetrantes como las agujas con que la bella peinadora sujetaba sus cabellos.

Terminada la obra, se volvió Leocadia á su silenciosa vecina, preguntándole:

— ¿Qué tal?

— Muy bien (le contestó). Estás hermosa. Ahora solo falta colocar el lazo.

Dicho y hecho: el lazo, suspendido en el aire como una mariposa que busca donde posarse, cayó sobre los rizos de Leocadia, quedando prendido en ellos con toda la gracia del mundo. Victoria exclamó:

— ¡ Ah! ¡ Es un prodigio!

Y pasó por su frente una nube, y brillaron sus ojos con luz azulada, semejante á la que despiden el acero en la hoja de los puñales, luz fosfórica, fría como el hielo y sombría como la muerte; al mismo tiempo sus dientes menudos rechinaron oprimidos unos con otros. Después de este acceso, se echó á reír á carcajadas.

— ¿ Te ríes? — le preguntó Leocadia.

— Sí (le contestó); me río. Mírate, mírate al espejo.

Miróse Leocadia, y también rompió en reír.

¡Qué diablura! El lazo tan graciosamente colocado se había torcido, de manera que era imposible verlo sin reirse. Lo puso de nuevo en su posición primitiva; mas apenas la mano lo dejó libre, volvió á torcerse, y las dos amigas se echaron á reir de nuevo.

Por tercera vez intentó Leocadia devolver al lazo la gracia que en un instante había perdido; pero ¡esfuerzo inútil! el lazo rebelde se descomponía en cuanto la mano lo abandonaba.

— Parece que está vivo, — dijo.

— Sí, — contestó Victoria.

Acudió con las dos manos, lo prendió con dobles alfileres, y ya lo creía seguro, cuando, como si fuese estrujado por una mano invisible, dobló sus hojas y se retorció sobre sí mismo, de la manera que se enroscan las hojas de los árboles que se secan.

Habíase creído que un soplo abrasador había consumido la frescura de la seda y la gracia de la forma; más aún: la pureza del color azul que ostentaba se veía manchada por aguas amarillas y rojas, que formaban tornasoles detestables.

— ¡Oh! (exclamó Leocadia.) Este lazo parece hechizado.

La vecina elevó el labio inferior y se encogió de hombros, mientras Leocadia arrancaba el lazo de sus cabellos, porque sentía un vago escozor en el sitio donde le tenía prendido. Al arrancarlo

crujieron los cabellos como aristas que se quiebran, y lo arrojó lejos de sí, porque creyó que sus dedos ardían al tocarlo.

Esta vez no se rieron ni la una ni la otra: Victoria sacudió la cabeza con aire á la vez enojado y triunfante, y Leocadia bajó la suya con tristeza.

V.

El calavera de Plácido, á pesar de la acróbata que monta en pelo en el circo de *Price* y de la ricacha de provincia, no deja de pasear la calle, unas veces á pie y otras á caballo, según caen las pesas. Las dos amigas, por su parte, no tienen en cuenta los datos poco favorables adquiridos acerca del hijo del agente de Bolsa, ó sea del futuro banquero, pues se asoman al balcón siempre que oyen rechinar el empedrado de la calle bajo los cascos de un caballo.

La madre de Leocadia le ha tomado manía á Victoria, sin saber por qué, como ella misma dice, mas sin que acierte á explicarse el motivo; ello es que la amistad de su hija con el demonio de la vecina no le hace maldita la gracia; y eche V. por arriba, ó eche V. por abajo, las dos amigas están á partir un piñón, y siguen siendo uña y carne, sin que haya manera de cortar por lo sano.

La buena señora, que si no es de las que las

cogen al vuelo, no es tampoco de las que las sueltan fácilmente, está siempre dale que dale sobre el mismo tema, y venga ó no á pelo, saca á relucir á la vecina, y hay sermón para rato.

—¡Válgame Dios, criatura! (le dice á su hija): ¡qué manía de vecina! Voy á sospechar que esa mujer te tiene hechizada. Será muy buena, ¡ya lo creo!, y se conoce que no se mama el dedo. Yo nada le quito ni nada le pongo con decir que no me gusta, porque de gustos no hay nada escrito; pero tiene aire de gitana, y muerde cuando habla, y hiere cuando mira. No digo yo que se le dé con la puerta en las narices.... Nada de eso; las gentes se han hecho para tratarse, y entre vecinos no debe haber *tiquis miquis*. Buenos días.... buenas tardes.... Cuatro palabras de balcón á balcón; visita hecha, visita devuelta, y *laus Deo*. Pero esto de andar siempre la una detrás de la otra, del balcón entro y al balcón salgo.... por la mañana, por la tarde, por la noche; tú que vas, ella que viene: y luego ¡qué mareo! Victoria lo ha dicho, Victoria lo sabe, así lo hace Victoria, y Victoria no se te cae de la boca. Bueno que os veáis y que os habléis, que tú vayas y que ella venga, pero de uvas á peras.

Leocadia oía los sermones de su madre, se sonreía, la besaba, y hasta otro. ¿Qué se hace con una hija humilde, discreta y cariñosa, que

oye, calla y besa? Lo que hacía la madre de Leocadia.... Nada.

¡Ya se ve! Esta madre, como todas, era al fin mujer, y algo había oído ella de un tal Plácido, joven de regular presencia, bien acomodado, que, unas veces á pie y otras á caballo, paseaba la calle con cierta continuidad sospechosa; y como al fin y al cabo Leocadia no se criaba para monja, hacía la vista gorda hasta ver en qué paraban aquellos paseos. Ella también había sido muchacha, y las mujeres suelen tener dos juventudes: primero la suya, y después la de sus hijas. En una palabra: la inclinación que advertía en Leocadia hacia el joven del caballo, no la miraba con tan malos ojos como la que mostraba á la vecina. La buena señora discurría, á pesar de sus cortos alcances, que la primera era mucho más natural que la segunda.

Algunas noches se reunían en casa de Leocadia varias personas de la intimidad de la familia, y se hablaba de los sucesos del día, se tocaba el piano, se cantaba, y, quieras que no quieras, se pasaba el rato. La buena señora tenía también sus noches de *recepción*; y aunque el *bouffet* no era espléndido, nunca faltaba alguna conserva para endulzar la boca, y vasos de agua para refrescar los labios. Todas las personas que acudían allí á matar la noche eran de confianza en

la casa; de manera que se divertían buenamente; según la vulgar expresión de la madre de Leocadia, en familia; según el lenguaje que se usa entre las gentes que frecuentan los salones, en *petite comité*.

Llegó un día en que la señora de la casa mostró más esmero en el aseo de los muebles y en la limpieza de las habitaciones; hizo limpiar los quinqués, renovar las torcidas, llenándolos de gas hasta los topes; añadió al mueblaje del recibimiento una mesa de aparente caoba, que estaba arrinconada en un cuarto interior; sobre ella puso un tarjetero de porcelana; las cuatro sillas de Vitoria que ordinariamente adornaban esta primera pieza de la casa, se aumentaron con otras dos; faltaba una percha, y se puso; y, por último, se cubrió la estera con un pedazo de alfombra vieja, que de noche parecía otra cosa. En la sala no se hizo más que desfundar la sillería, lo cual era bastante.

En cuanto á su hija, le advirtió que se vistiera bien, recomendándole una falda de color de rosa, que era el encanto de los ojos.

—Esta noche (añadió) vienen los amigos, y ya que nos hacen compañía, hay que recibirlos con decencia.

Leocadia le replicó:

—Para los amigos que vienen algunas noches, no tengo necesidad de vestirme tanto; son de

confianza, y no extrañarán verme esta noche como me ven siempre.

—Es que... —empezó á decir; pero su hija la interrumpió, preguntando:

—¿Qué?

—Que acaso tengamos una nueva visita.

—¿Nueva?

—Pues.

—¿Las señoras de?...

—No; no se trata de señoras. Señoras, bastantes estamos en el mundo.

—¿Pues de quién se trata? —preguntó Leocadia.

—Se trata de un joven, —le contestó la madre.

—¿Y para un joven (volvió á preguntar) he de ponerme la falda de color de rosa?

Esta pregunta de Leocadia se tendrá por inverosímil, si no se tiene en cuenta que las mujeres se visten principalmente para las mujeres, porque ellas son los verdaderos votos en la materia. Ellas son las que saben apreciar el valor de los adornos y los efectos del tocado; ellas se encuentran, se repasan y se desmenuzan de arriba á abajo. La crítica del tocador les pertenece de derecho.

—Sí (le contestó la madre). Es un joven que viene por primera vez á casa, y la falda de color de rosa es la que mejor te sienta.

—Pero bien (replicó Leocadia); aunque ese

joven venga por primera vez á casa y sea un príncipe extranjero, ¿he de ponerme de tiros largos?

—Sí, hija, sí. Tus amigas, que estarán ya en el secreto, se vendrán puestas de veinticinco alfileres, y yo no quiero que tú hagas mal papel en ninguna parte.

—¡Secreto! —exclamó Leocadia.

—¡Secreto! ¡secreto! (repitió la madre.) No es ninguna cosa del otro jueves. Un joven que quiere ser presentado en una casa, que encuentra un amigo que lo presente, que este amigo lo presenta, que es bien recibido, y santas pascuas. Tú dirás: ¿pero quién es ese joven? Pues... uno de tantos. Un chico de buena familia, que monta á caballo... un tal Plácido. ¿Le conoces?

La hija se puso encarnada, y bajó los ojos, mientras la madre volvió la cabeza para ocultar la sonrisa maliciosa que retozaba en sus labios.

Después de este diálogo entre la madre y la hija, Leocadia se fué al balcón como una flecha, á comunicarle á su amiga la novedad de la presentación de Plácido. La inocencia es comunicativa, no suele tener secretos, y he ahí que no sabe guardarlos. Además, aquella noticia inesperada no le cabía á Leocadia en el pecho; necesitaba alguien con quien partirla; se la habría dicho á todo el mundo, cuanto más á su vecina.

Pero es el caso que Victoria no estaba en su casa: había salido aquella tarde á paseo con una parienta suya, en carretela descubierta, y no volvería hasta muy tarde: tal vez comería con su parienta, y era probable que pasara la noche en el teatro. Por consiguiente, tuvo que guardar su secreto en el fondo del alma.

En cuanto oscureció, empezaron á encenderse las luces, y á los pocos minutos estaba la casa hecha un ascua de oro.

¡Qué largas le parecían á Leocadia las horas de aquella tarde! La falda de color de rosa le caía perfectamente. Parecía la aurora, ¡qué capricho!, la aurora esperando la noche. Iba de una parte á otra, ¡inocente!, creyendo que su movilidad le haría andar más de prisa al tiempo. Al paso se veía en la luna de los espejos, y no le disgustaba verse; así, á lo menos, entretenía la impaciencia.

Al fin empezaron á llegar los amigos, y ese fin fué el principio de la fiesta.

La sala se animó lo mismo que una luz á la cual se le echa aceite, y desde los primeros saludos comenzó á enredarse el hilo de las conversaciones, á las que Leocadia no prestaba mucha atención, porque sus oídos estaban fijos en la campanilla de la puerta, y sus ojos en el reloj colocado sobre la consola delante del espejo.

Dieron las nueve, y ya estaban allí los habi-